

LA TRÁGICA MUERTE DE ANGÉLICA LIDDELL

Néstor Villazón

Mujer de unos cincuenta años, de pelo negro y delgadez extrema.

Ahora vamos a escuchar el primer movimiento de la cantata BWV 4 Christ Lag in Todesbanden en mi menor, de Johann Sebastian Bach.

La escuchamos.

La he visto con mis propios ojos: Angélica Liddell ha muerto.

Baja la cabeza en señal de luto. Tras unos segundos, da un chasquido y cesa la música.

Nadie escuchará más sus obras.

A nadie le llamarán “cobarde” en un teatro.

O “burgués”. O “saco de mierda”.

O si ocurre, ella no estará: Angélica Liddell me da asco.

Cuando pones en Google “Angélica Liddell Biografía” la primera página que aparece dice “Hija de puta”.

Cuando vi su obra La casa de la fuerza me percaté de que un espectador se reía de forma desmesurada.

Ella paró la obra y dijo “Una palabra más y te mando a cavar tumbas de mujeres en Gaza, hijo de puta.”

Me extrañó. El público se quedó extrañado.

Al día siguiente un amigo fue a ver la función.

Le pedí que se fijara en ese detalle, si en ese preciso instante volvía a ocurrir eso:

que alguien se riera y ella parara la función,

que ella le llamara “hijo de puta” y hubiera un silencio.

“Una palabra más y te mando a cavar tumbas de mujeres en Gaza, hijo de puta.”

Mi amigo fue a ver la función.

Y ocurrió.

Un hombre se rió y ella le llamó “hijo de puta”.

“Hijo de puta -le dijo-, una palabra más y te mando a cavar tumbas de mujeres en Gaza.”

Así que todo era una farsa. Todo estaba maquinado. Todo era mentira. Siempre decía lo mismo.

Y ella me llama a mí “cobarde”.

Y ella me llama a mí “burgués”.

Y ella me llama a mí “saco de mierda”.

Ella. Ella. Ella.

La que recogió el Valle-Inclán en dos mil siete,

“el premio que es la referencia del teatro español” según El cultural,

“la distinción al mayor espectáculo teatral que haya pasado por las salas madrileñas” según La vanguardia,

“el mayor instrumento para impulsar a los máximos artistas contemporáneos” según Coca-Cola.es,

con un jurado presidido por Francisco Nieva y galardonado con cincuenta mil euros,

que vienen siendo ocho millones de pesetas,

que vienen siendo cincuenta y cuatro mil dólares americanos,

que vienen siendo seis millones seiscientos mil yenes,

que vienen siendo dos millones seiscientos mil pesos filipinos

y va y lo recoge borracha.

Borracha.

La tía recoge el mayor premio de teatro que hay en España como una puta cuba.

Tenía el puto rimmel corrido y la mirada hacia su puta casa, llena de cucarachas.

¿Es esto un ejemplo?

¿Es esto un verdadero artista contemporáneo?

Joder, Angélica Liddell ha muerto

y yo me he asegurado de que lo esté.

*

Ahora tengo que ver una pieza que hacen unos amigos en una sala.

Es un teatro de las afueras, con pocos medios.

Tengo que pagar mi entrada para ayudarles en un espectáculo que no me interesa en absoluto, pero al que tengo que asistir para ayudar a mis amigos en esto que llaman “la puta decencia en el Arte”.

A mis amigos les gusta Angélica Liddell: a mí me interesa una mierda la obra de mis amigos.

Detesto perder mi tiempo en esa obra, más que mi dinero.

El dinero se puede recuperar, el tiempo no.

Por eso estoy aquí, señor agente.

He venido a denunciar la trágica muerte de uno de los grandes artistas contemporáneos de nuestro país: yo he matado a Angélica Liddell.

Acabo de hacerlo, esa es mi gran obra.

Porque yo soy feliz, joder si lo soy.

Puede llamarme “hija de puta” si quiere.

Puede decirme “inmunda”,

puede escupirme o alzar la voz:

pero en realidad no quiere hacerlo.

Usted me comprende, ¿verdad, señor agente?

Usted no necesita ese tipo de teatro, ¿verdad, señor agente?

A usted le disgusta esa tipa tanto como a mí, ¿verdad, señor agente?

¿Le gusta el teatro? Seguro que sí.

Pero usted lo que necesita es distraerse y olvidar su papel de inspector en este sitio, los interrogatorios que tiene día tras día con esa escoria que vive en la calle.

¿Ha leído *Roberto Zucco*, señor agente?

¿Ha leído *Litoral*, señor agente?

¿Ha leído a John Berger, señor agente?

Borrachos, gente sin hogar, niños perdidos, putos inmigrantes.

Tiene que olvidarse del trabajo, señor agente.

De los robos, los asaltos, las violaciones,

de que en su casa, quizá, nadie le espera.

O que si alguien le espera, quizá no le necesite.

O que si le necesita, quizá prefiera estar ese día solo.

Usted no descansa bien por las noches, lo sé.

Y ahora, encima, me tiene que escuchar a mí.

Usted necesita alejarse de todo esto, no necesita ese tipo de teatro.

Necesita una obra sencilla, divertida, esculpida, facilona, amable.

A usted no le gustan las obras de Angélica Liddell, ¿verdad, señor agente?

¿Le gustan las obras de Angélica Liddell?

Estoy convencida de que no es así: por eso la he matado.

*

No venga con esa cara, seguro que está de acuerdo conmigo.

El mundo es mejor sin ella. No venga con las esposas.

Le pido que no venga con las esposas: no soy una asesina.

Diga la verdad: desearía verla tan muerta como yo.

Dígallo.

Diga “Desearía verla tan muerta como lo está ahora”.

Dígallo.

No me venga con las esposas, joder: esa puta debe morir.

Escuche el primer movimiento de la cantata BWV 4 Christ Lag in Todesbanden en mi menor, de Johann Sebastian Bach.

Suena, desde donde lo habíamos dejado.

Escúchela: ella está ahí.

Aún está ahí.

Escúchela.

La que os llama “cobardes”.

Escuche.

La que os llama “burgueses”.

Escuche.

La que os llama “saco de mierda”.

Escuche.

Ella me persigue.

Escuche.

La borracha.

La de los premios.

Escuche.

Está ahí, ¿no lo ve?

Escuche.

Justo a su lado.

Escuche.

No he conseguido terminar con ella.

Escuche.

Cada día de mi puta vida lo intento.

Escuche.

Pero no lo consigo.

Escuche.

¿Usted puede comprenderme?

Escuche.

Yo quiero ser feliz.

Escuche.

Yo quiero ser jodidamente feliz.

Escuche.

Pero ella no me deja.

Escúchela.

Ella está ahí.

Como un alboroto.

Como un demonio.

Como un asilo de niños prodigio.

Escuche.

Por eso la he matado.

O creí haberla matado.

O quise matarla y no pude: quiero matarla día tras día.

Escuche.

Otra vez.

Escuche.

Esto ocurre día tras día.

Escuche.

Es de mi puta vida de la que estamos hablando.

Escuche.

Escuche.

Escuche...

OSCURO